

Augusto Roa Bastos: El

En el otoño de 1967, coincidí en Londres con Mario Vargas Llosa. Ambos habíamos leído recientemente, y con admiración, la colección de retratos de la guerra de secesión norteamericana Patriotic Gore, por Edmundo Wilson. Sentados en un pub de Hampstead, se nos ocurrió que no estaría mal un libro comparable sobre la América Latina: una galería imaginaria de retratos. En ese instante, varios espectros entraron al pub londinense reclamando el derecho a encarnar. Eran los dictadores latinoamericanos.

Individuos como el mexicano Antonio López de Santa Anna, el gallero colifranco que jugó y perdió la mitad del territorio del país en la guerra iniciada por el presidente James K. Polk y su idea del Destino Manifiesto. Fue once veces presidente de México. Perdió una pierna en la llamada "Guerra de los pasteles" con Francia. La enterró con pompa en la Catedral. El populacho la desenterró y arrastró por las calles al caer el tirano. Pero cada vez que volvió al poder, Santa Anna la volvió a enterrar con pompa, sólo para verla desenterrada y arrastrada cada vez que... Juan Vicente Gómez, durante treinta años presidente de Venezuela, que anunció su propia muerte a fin de castigar a quienes se atreviesen a celebrarla. Maximiliano Hernández Martínez, el tirano que protegió a San Salvador de la escarlata envolviendo en papel rojo el alumbrado público. El boliviano Enrique Peñaranda, de quien su madre, famosamente, dijo: "De haber sabido que mi hijo iba a llegar a presidente, le hubiera enseñado a leer y escribir". Todos ellos constituyen un desafío para el novelista latinoamericano: ¿Cómo competir con la historia? ¿Cómo inventar personajes más poderosos, más locos o más imaginativos, que los que han aparecido en nuestra historia?

Vargas Llosa y yo invitamos a una docena de autores latinoamericanos a responder a esta pregunta. Cada uno debería escribir una novela breve -no más de cincuenta páginas por dictador- sobre su tirano nacional favorito. El volumen colectivo habría de llamarse "Los padres de las patrias". Nuestro editor francés, Claude Galliard, se convirtió en el padrino del proyecto. Por desgracia, a la postre resultó imposible coordinar los múltiples tiempos y las variadas voluntades de los escritores que, si mi memoria es tan buena como la de El Supremo de Augusto Roa Bastos, incluían, además de Vargas Llosa y yo mismo, al propio Roa, al argentino Julio Cortázar, el venezolano Miguel Otero Silva, el colombiano Gabriel García Márquez, el cubano Alejo Carpentier, el dominicano Juan Bosch, a los chilenos José Donoso y Jorge Edwards (Donoso prometió ocuparse de un dictador boliviano: su mujer, María Pilar, nació en ese penthouse de las Américas). Al fracasar el proyecto, tres de los escritores mencionados decidieron seguir adelante y concluir sus propias novelas: Carpentier (El recurso del método), García Márquez (El otoño del patriarca) y Roa Bastos (Yo, el Supremo).

Carpentier inventó un personaje compuesto por el dictador venezolano Guzmán Blanco y el presidente guatemalteco Manuel Estrada Cabrera, recreando la figura del déspota ilustrado que prefería pasar la mayor parte de su tiempo oyendo ópera en París, pero que regresaría a su país como un rayo a aplastar levantamientos militares, sin por ello perderse un compás de Rigoletto. El Primer Mandatario de Carpentier termina su vida en un apartamento de la Rive Droite que ha retacado de orquídeas, hamacas, palmeras y monos. El Patriarca de García Márquez suma características del venezolano Gómez, el boliviano Peñaranda, el dominicano Rafael L. Trujillo y, especialmente, de los dictadores ibéricos contemporáneos, Francisco Franco y Antonio Oliveira Salazar. Ambos tardaron tanto en morir que sus muertes parecieron más largas que sus vidas: ¿eran, después de todo, inmortales. Augusto Roa Bastos tiene las manos llenas con una sola vida, la del déspota paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia, quien gobernó a su país como "Dictador Perpetuo" entre 1816 y 1840, el año de su muerte a la edad de setenta y cuatro años.

El resultado es un libro brillante y de riquísimas texturas, un retrato impresionante no sólo de El Supremo sino de toda una sociedad colonial en el proceso de aprender a nadar, aunque sea en el río Paraná, pues Paraguay carece de costa. Aprender a nadar, río arriba o mar adentro: la experiencia paraguaya, la transición de la dependencia colonial a la "independencia" nacional, ha sido en nuestro propio tiempo la de muchísimos países de Asia y África. La América Latina inició el proceso de descolonización desde finales del siglo XVIII. Fue una revuelta inicial, no sólo de lo que más tarde se ha llamado "el Tercer Mundo", sino de los hijos mestizos del Occidente contra el Occidente mismo, aunque con las ideas del Occidente. América Latina, ha escrito Alain Rouquié, es "el Extremo Occidente".

El gobierno del Doctor Francia, de esta manera, coincidió con la época de la

independencia primero, y enseguida con el drama (y los melodramas) de organizar una república independiente. La situación paraguaya era difícil. Aislado en el corazón de la América del Sur, donde había sido la reserva colonial de los jesuitas, rodeado por ambiciosos y gigantescos vecinos -Argentina y Brasil- que Paraguay habría de combatir hasta quedarse con un solo hombre en edad de portar armas, asediado por una pugna territorial sin fin con Bolivia por la posesión del Chaco, al inicio de su vida nacional Paraguay se vio enfrentado con un dilema: ¿Se había independizado de España sólo para convertirse en provincia argentina y satrapía brasileña?

La posibilidad de una comunidad de naciones hispánicas se frustró cuando nadie le hizo caso al conde de Aranda, ministro de Carlos III, que al proponer la unión en la independencia del mundo hispánico, pretendía no sólo adelantarse al impulso independentista en Hispanoamérica, sino oponer una alianza viable al poder creciente de la América de habla inglesa. La ocupación de España por Napoleón en 1808 desencadenó las guerras de independencia de América española. Con ellas, se desataron también las ambiciones de múltiples satrapas provincianas. En muchos casos, el imperio español de las Américas degeneró en meras "republiquetas". En ellas una serie de caciques locales afirmaron su dominio contra el gobierno "republiquetas". "Las republiquetas" se extendieron del corral del padre Ildefonso de las Muñecas a orillas del Titicaca al violento feudo de Juan Facundo Quiroga en La Rioja, descrito por Domingo Sarmiento en su libro clásico, Facundo: civilización y barbarie.

¿Civilización o barbarie? ¿Legalidad o violencia? ¿Gobierno nacional o local? La América Española, incapaz de restaurar la comunidad ibérica sobre bases democráticas, escongió e nacionalismo como el mal menor entre una anarquía perdida y una balcanización latente. Semejante decisión, después de todo, contaba con la bendición filosófica de las doctrinas de la Ilustración o, como el joven Francia le informa a un furibundo cura en la novela de Roa Bastos, "nosotros, en cambio, pensamos construir todo nuevo mediante añañiles como Rousseau, Montesquieu, Diderot, Voltaire, y otros tan buenos como ellos".

En Paraguay, Francia decidió convertir la necesidad en virtud, transformando su poder parroquial en poder nacional. Convirtió el hecho del aislamiento paraguayo en pretexto para salvar a su país de la absorción por Argentina o Brasil. Nombrado por sí mismo "El Supremo" Francia prohibió el comercio, los viajes e incluso el servicio postal entre Paraguay y el mundo exterior. Como algún personaje perdido de Evelyn Waugh, el extranjero que se aventuraba a entrar a Paraguay permanecía allí para siempre: El Supremo colocó un enorme aviso de NO HAY SALIDA a las puertas de su feudo. También arropó su chovinismo de fierro con una capa populista. Por necesidad, su república introvertida había de ser autárquica. Francia creó una economía de subsistencia, favoreció la política de la chusma, atacó y debilitó a la Iglesia, pero al cabo, protegió y fortaleció a los intereses oligárquicos, tradicionales. Su prolongado reinado demuestra un hecho generalmente ignorado de nuestra historia: el nacionalismo latinoamericano tiene sus orígenes en la derecha, más que en la izquierda intelectualmente orientada hacia el internacionalismo. También ilumina un hecho bastante conocido: el populismo despótico disfruta la parálisis impuesta por el tirano a la sociedad. Hay la impresión de movimiento. Pero nada cambia.

Roa Bastos, nacido en 1917, salió de Paraguay en 1947 y vivió desde entonces en el exilio mientras duró el reino más prolongado que el de El Supremo, del general Alfredo Stroessner. Roa Bastos, claro está, vivirá más que los dos tiranos juntos. Es el más eminente escritor de su país. Sus novelas son contadas, contenidas (como conviene a una obra paraguaya) y brillantes. Sin embargo, su obra maestra, Yo, el Supremo, aparecida en español en 1974, sólo fue publicada en inglés en 1989, en una traducción magistral de Helen Lane. Yo, el Supremo es una summa que absorbe toda la obra anterior de su autor. Pues se trata del diálogo de Roa Bastos con Roa Bastos a través de la historia y gracias a la mediación de una figura histórica monstruosa a la cual el novelista debe imaginar y comprender para poder, algún día imaginarse y entenderse a sí mismo y a su país. La novela absorbe el material histórico para imaginar la historia y crear otra nación, viva en la gestación de sus hechos culturales. Esta segunda nación de la imaginación y la cultura es la fuerza real de un pueblo, no la frágil nación del discurso oficial y el archivo histórico.

La técnica literaria empleada por Roa Bastos propone, ante todo, una relación entre yo y los otros, entre el destino individual y el destino compartido, verdaderamente histórico. La

